

LA DOCTRINA DEL FUEGO

Vamos a comenzar nuestra plática de esta noche, y espero que todos los hermanos pongan el máximo de atención.

Bien hermanos, en todo caso, es necesario irnos conociendo cada vez más a sí mismos, si es que en verdad queremos llegar a la autorrealización íntima del Ser.

Obviamente, necesitamos trabajar (como ya lo he dicho en mis pasadas cátedras), con el elemento fuego.

El fuego, en sí, es una sustancia que ha escapado a todos los análisis químicos. Dicen los científicos que "es el producto de la combustión", lo cual es absolutamente falso; nadie sabe cuál es la naturaleza del fuego.

Sabemos, por ejemplo, que en la atmósfera existe el oxígeno y el nitrógeno; no ignoramos que en el agua está el H₂O, o sea el hidrógeno y el oxígeno; tampoco podemos ignorar que en la tierra está el carbono, pero ¿cuál es en realidad la fórmula del elemento fuego? Cualquier hombre de ciencia nos hablaría del H₂O: "que dos átomos de hidrógeno y que uno de oxígeno", que "para formar agua". Pero hagamos el ensayo con el H₂O y tratemos de unir dos átomos de oxígeno e hidrógeno, tal como está en la fórmula, en un laboratorio, a ver si es cierto que resulta agua. ¡Obviamente que no! ¿Por qué? ¡Porque falta algo! ¿Qué? El elemento fuego. Entonces la fórmula del H₂O está incompleta; eso es obvio.

Así que, el fuego escapa a todo. Una simple llama de esas que tenemos allí, en la veladora, sería suficiente como para que incendiáramos el mundo, y ella permanecería impasible: ni aumentaría un átomo más, ni un átomo menos. De cualquier veladora de éstas sacamos otra veladora, y otra, y otra, y otra, y quemamos un depósito de gasolina, hacemos explotar un depósito de dinamita, y sigue el fuego, y quemamos el mundo y la veladora sigue igual: impávida, como si nada hubiera sucedido.

¿Qué clase de sustancia es esa, que se burla de los químicos y que hace tantos prodigios, y sin embargo permanece la misma, impasible?

Realmente que la substancia del fuego es divina.

Ahora, a nosotros (como les decía a ustedes en pasada plática) solamente nos interesa la parte oculta del fuego, la llama de la llama, la signatura astral del fuego, que es lo divinal, es eso que vemos allí, en la cruz, ese INRI: Ignis Natura Renovatur Integram (el fuego renueva incesantemente la naturaleza).

Así que, la liberación del ser humano no sería posible fuera del fuego; sólo trabajando con el fuego podríamos nosotros conseguir la liberación final.

Los mundos, por ejemplo, no son sino granulaciones del Fohat; eso es obvio. La doctrina que nosotros enseñamos, es la Doctrina del Fuego: los libros que hemos escrito, han sido con carbones encendidos, y entre el crepitar incesante de las llamas, hacemos llegar el conocimiento secreto a la humanidad.

Bien sabemos que tras del fuego hay maravillas. Una vez a un Elemental grandioso del fuego se le preguntó: "¿Qué hay más allá del fuego?" Respondió: "¡Eso es cosa que nosotros ignoramos!" "Dios es un fuego devorador", dice San Pablo, (¡y así es!).

En pasadas pláticas dijimos que había dos "unos": el incognoscible Aelohim y el cognoscible Elohim. Aelohim es la seidad incognoscible e inmanifestada; en cuanto a Elohim o Elojim, es el Ejército de la Palabra, el Ejército de la Voz; es como la Estrella Solar, como el Sol Espiritual: el Sol Sagrado Absoluto, que sale de entre las entrañas del incognoscible.

El Ejército de la Palabra emana, pues, del Sol Sagrado Absoluto, pero el Sol Sagrado Absoluto y el Ejército de la Palabra son uno, que ha salido de entre las entrañas vivas del incognoscible.

El Ejército de la Palabra es fuego, es el Fohat pluralizado; más no debemos olvidar que la variedad es unidad. El Ejército de la Voz está constituido por todas esas millonadas de Dhyán Chohans, creadores del universo, y todos ellos son llamas de fuego ardiente.

Pero vean ustedes qué grandioso es ese despliegue de Brahma, ese despliegue de la divinidad, ese despliegue del gran fuego universal: cómo de lo incognoscible emana el Demiurgo Arquitecto del Universo, que es fuego.

Ahora bien, todo ese Ejército de la Palabra, todo ese Ejército de los Dhyán Chohans, obviamente están numeralizados, clasificados en grupos, de acuerdo con las ideas cósmicas universales. Ellos son números vivientes, creando y volviendo nuevamente a crear.

Conviene entender que, de entre el seno del incognoscible, ha brotado realmente el Logos, el Demiurgo, el Sol Estelar Espiritual, el Ejército de la Palabra, y a su vez, de ese Logos múltiple, cómo una llama compuesta de muchas llamas, emana Atman, el inefable.

Atman es el Intimo de cada uno de nosotros, nuestro Espíritu Divino, el innumerable. A su vez, de Atman se desprende Buddhi. ¿Y quién es Buddhi? Buddhi es Eros, es Fohat como Mensajero de los Dioses.

En los mundos superiores de conciencia cósmica, pueden los Iniciados, evidenciar el hecho concreto de que Atman siempre envía a Eros, o Buddhi, o la Walkiria (como diríamos en el lenguaje clásico de Wagner), a realizar determinados trabajos. De manera que Fohat, o Buddhi, es mensajero de Atman.

Uno realmente se llena de éxtasis al contemplar lo que es la realidad de Eros; uno se admira de las Walkirias de los Mahatmas, trabajando en los mundos superiores de conciencia cósmica, llevando mensajes en todos los rincones del universo, ¡inefables damas, de indescriptible belleza!

Las Walkirias trabajan en los templos, las Walkirias entregan mensajes, las Walkirias ayudan a los Mahatmas. Ellas son el Fohat mensajero, el Eros extraordinario que palpita en cada uno de nosotros. ¿Qué sería de nosotros sin Eros? ¿Podríamos acaso realizar la Gran Obra del Padre? Nosotros necesitamos de Eros para poder desintegrar los agregados psíquicos inhumanos que en nuestro interior cargamos.

Así pues, la estrella que se ha desprendido del Sagrado Sol Absoluto, es el Demiurgo creador del universo, es la llama de la cual salen las siete llamas santas. Esa llama es triple, pero de ella salen las siete llamas; es

decir, de la llama triple sale el eterno Heptaparaparshinok (del tres sale el siete).

De la misma forma en que nosotros, con tres velas allí encendidas, en el Altar, podemos encender siete, así también tres, formando una llama de tres pabilos, es el Logos: el Logos como Santo Afirmar, el Logos como Santo Negar, el Logos como Santo Conciliar. Pero de esa llama triple se desprende el eterno Heptaparaparshinok (las siete llamas).

Atman y Buddhi forman la Mónada divina interior de cada uno de nosotros. Luego sigue el Manas Superior o Alma Humana, lo que de humano tenemos; después viene esa mente que tenemos para pensar (y que desgraciadamente está enfrascada entre los múltiples agregados psíquicos que constituyen el mi mismo, el sí mismo, el yo mismo, motivo por el cual decimos que no tenemos una sola mente, si no muchas mentes). Es obvio que si la substancia mental está embotellada entre distintos frascos, si se encuentra dividida entre los mismos, si la substancia de la mente está enfrascada entre muchos Yoes, pues entonces ya no hay una sola mente, sino muchas mentes (desgraciadamente).

Pero lo que se esconde tras de todas esas mentes, es el radical, el fuego, que sería en realidad de verdad el cuarto fuego, porque el quinto está detrás de todas esas emociones que cargamos y que en el Iniciado auténtico estará en su Cuerpo Astral. Más la sexta llama está tras del principio de la vida es el Prana, es el fuego como Prana, o vida, y el séptimo arde en la misma médula espinal del asceta gnóstico.

En realidad de verdad, hablando desde un punto de vista de la anatomía oculta, diríamos que existen siete serpientes: dos grupos de a tres, con la coronación sublime de la séptima lengua de fuego que nos une con el Uno, con la Ley, con el Padre.

Si Atman recibe, en realidad de verdad, el principio ígneo del fuego del incognoscible, por mediación del Demiurgo creador del universo, no hay duda de que en Buddhi viene a quedar todo contenido. Con justa razón se nos ha dicho que "el Buddhi es como un vaso de alabastro, fino y transparente, a través del cual arde la llama de Prajna". En el Buddhi, en el Eros, en la Walkiria, la doncella, la bella Helena de Troya, está contenido

Atman el inefable; pero al fin y al cabo, Atman-Buddhi como Mónada, son radicales.

En una pasada cátedra dije que teníamos que trabajar con los Siete Radicales, (y ya los hermanos creo que están informados de eso), que son los siete aspectos del fuego en nosotros, las siete lenguas de fuego en la anatomía oculta, que emanan directamente del Divino Arquitecto del Universo. Eso es obvio y así hay que entenderlo.

La seidad, en sí misma incognoscible, es lo fundamental; de ella emana el fuego. Sat es seidad y de la seidad emana el fuego, es decir, el Demiurgo Arquitecto.

Pero hay un punto sobre el que yo quiero recalcar esta noche: que si bien es cierto que el Santo Afirmar, el Santo Negar y el Santo Conciliar, es decir, el Logoi Interior de cada uno de nosotros, es radical, es el Buddha íntimo de cada uno de nosotros (porque cada cual carga su Buddha íntimo, aunque no lo haya encarnado), ese Buddha íntimo, a su vez, emana de Adhi Buddha y Adhi Buddha es el incognoscible.

Individualizando, diríamos que cada uno de nosotros tiene su Adhi Buddha en el incognoscible Espacio Abstracto Absoluto. De él emana nuestro Logoi (y ya estoy particularizando y concretando), y del Logoi a su vez emanan los siete aspectos del Fohat, del fuego.

Cuando digo que hay que trabajar con el fuego, debe ser todo bien entendido. Debemos tener un poco de conciencia (más grande) sobre lo que es el fuego (hay que entenderlo mejor).

La Madre Kundalini, de que tanto hemos hablado, es fuego, es el Fohat en nosotros, en nuestra anatomía oculta; es una variante de nuestro propio Ser, pero derivado.

Sí, necesitamos trabajar con el fuego, con ella, porque ella es la portadora del fuego. Ella, la serpiente ígnea, se revuelve atterradoramente entre los candeleros del templo. Esa cobra sagrada de los Grandes Misterios, es fuego que crepita entre el aura del universo; sólo ella puede reducir a cenizas los agregados psíquicos inhumanos que en nuestro

interior cargamos.

No es fácil cosa poder desintegrar la totalidad de los agregados psíquicos. Piensen ustedes que se procesan, estos agregados, en siete Niveles del Ser. Hay santos que han logrado desintegrar agregados hasta en cinco y seis niveles; muy raro es aquel que logre desintegrar los agregados psíquicos en los siete Niveles del Ser.

Resulta que en los últimos niveles, especialmente en el séptimo, tales agregados se vuelven terriblemente sutiles y suelen ser espantosamente difíciles. Si el Iniciado no es lo suficientemente comprensivo, puede fracasar en la Gran Obra.

En los Niveles Superiores del Ser, existen cosas que sorprenden: las máximas morales no sirven para el séptimo nivel de trabajo, ni aún para el sexto; los códigos de ética salen sobrando, los conceptos que uno tenía, basados en interpretaciones meramente superficiales sobre las Sagradas Escrituras, quedan destruidos, etc. Así, el Iniciado tiene que independizarse no solamente de las fuerzas del mal, sino también hasta de las fuerzas del bien; tiene que pelear contra las potencias del mal y contra las potencias del bien. En última síntesis, el bien se vuelve mal, y muchos aspectos que parecían del mal, se vuelven bien, y hay que pasar más allá del bien y del mal, y conocer lo bueno de lo malo y lo malo de lo bueno. Las estructuras dogmáticas de la ética convencional, en el fondo sólo servirían de escollo para el que marcha por la senda de la autorrealización; esa es la cruda realidad de los hechos.

Hay una tendencia de las gentes a interpretar todo a su modo, superficialmente, y quien quiera trabajar ya en un séptimo nivel, tiene que ser estrictamente comprensivo: pasar más allá de todo dogma y hacer un inventario de sí mismo, para saber qué es lo que le sobra y qué es lo que le falta.

Muchas veces, una bella virtud puede servir de escollo al navegante; a veces, hasta gemas muy preciosas de la espiritualidad sirven de obstáculo. Por eso es que es tan difícil poder desintegrar los agregados psíquicos, ¡por eso!

Por otra parte, hay que aprender a manejar los cinco cilindros de la máquina orgánica, porque los agregados que tenemos, están relacionados con los cinco cilindros de la máquina orgánica.

¿Cuáles son esos cinco cilindros? Centro Intelectual, ¿dónde está? Ya sabemos que en el cerebro. Centro Emocional, ¿dónde está? En el corazón, plexo solar y centros del sistema nervioso Gran Simpático. Centro Motor, ¿dónde está? Parte superior de la Espina Dorsal. Centro Instintivo, ¿dónde está? En la parte inferior de la Espina Dorsal. ¿Y el Centro Sexual? En el sexo.

Hay agregados psíquicos del Centro Intelectual, como los hay del Emocional, como los hay del Motor, como los hay del Instintivo, como los hay del Sexual; eso es obvio.

Uno tiene que estudiar los agregados psíquicos en cada centro, para ver cómo se comportan (es cuestión de autorreflexión y experiencia directa, observación psicológica, etc.). En todo caso, no puede ser desintegrado un agregado sin la ayuda de la Divina Madre Kundalini, la cobra de los Grandes Misterios, y ella exige para la desintegración de cualquier agregado psíquico, previa comprensión del defecto psicológico que queremos reducir a cenizas; eso es obvio.

Primero debemos descubrir el defecto y después trabajarlo; necesitamos de la autorreflexión evidente del Ser, para llegar a la comprensión de fondo; necesitamos de la meditación íntima, si es que queremos entender, realmente, tal o cual defecto. Pero una vez comprendido, hay que trabajarlo con la divina cobra sagrada de los Grandes Misterios. Sólo así podríamos eliminarlo.

Y repito: cualquier defecto está relacionado con algún centro de la máquina orgánica; más con ayuda del fuego (ese que viene del Demiurgo creador del universo hasta la manifestación, a través de todos estos Niveles del Ser), podemos reducir a cenizas cualquier elemento psíquico indeseable.

Así que, tienen que familiarizarse ustedes, un poco más, con el fuego: aprender a sentir con el fuego, aprender a pensar con el fuego, a adorar el

fuego, como lo hacen los parsis, como los cristianos cuando exclaman "¡Dios es un fuego devorador!"; como los parsis, que adoran el fuego; como los miembros de cualquier tribu Maya, o Tolteca, o Zapoteca, o Inca, que rinden tanto culto al fuego (en el fondo pertenecen al más puro paganismo y al más delicioso esoterismo crístico). Sólo con el fuego podemos desintegrar los agregados psíquicos.

